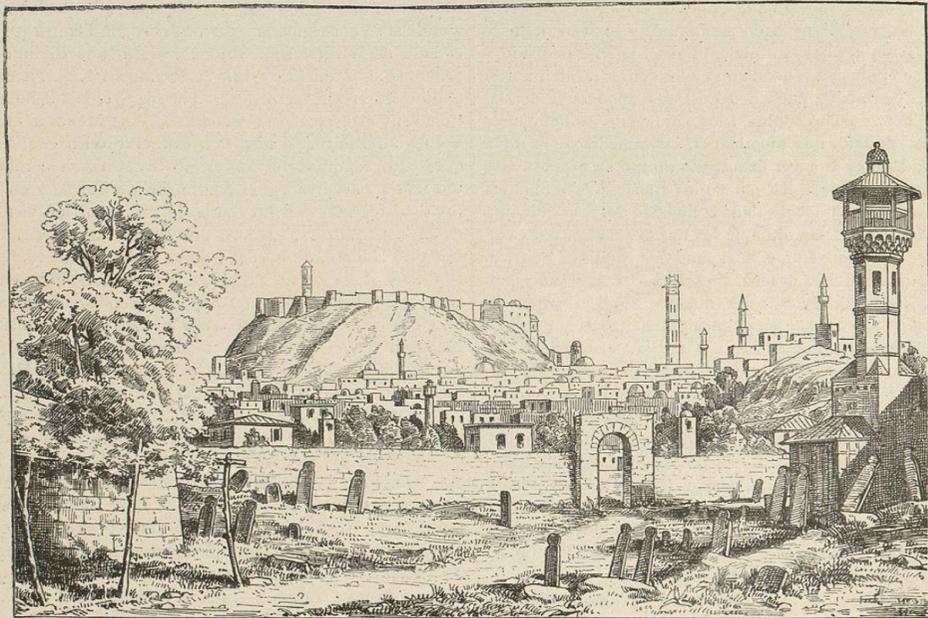


el exterior; mas el inevitable destino no detiene su curso y se cumple en pocos años.

Nicéforo toma á Anazarba en 350 (fines de 961); en 351 (962) á Mar'asch, que en 341 habia vuelto á ganar el Islam, y á fines del mismo año el bravo hamdanida, tras otra derrota, ve conquistada y saqueada su capital Haleb por fuerzas superiores bizantinas. Cierta que los griegos no pudieron sostenerse allí mucho tiempo, sobre todo habiendo tenido Nicéforo que abandonar poco despues la Siria para ceñirse la corona de emperador (1); pero tan pronto como hubo logrado la suprema dignidad, hizo sentir de nuevo al desgraciado

país la pesadez de su mano. Ya en 353 (964) puso cerco á Mopsuestia y en 354 (965) se apoderó no solo de esta fortaleza sino tambien de Adana y Tarso, y estas tres poblaciones, durante tanto tiempo los mas sólidos baluartes del distrito de las «defensas,» se convirtieron en plazas de armas griegas contra los musulimes, mientras que al propio tiempo los bizantinos reconquistaron definitivamente tambien la isla de Chipre. En el año siguiente (355 = 966) los imperialistas asolaron otra vez la Mesopotamia hasta Nisibe y Amid. Mientras Seif Ed-Daula se dirigia allí, el mismo Nicéforo penetró en la Siria, y estaba sitiando á Antioquia cuando Seif



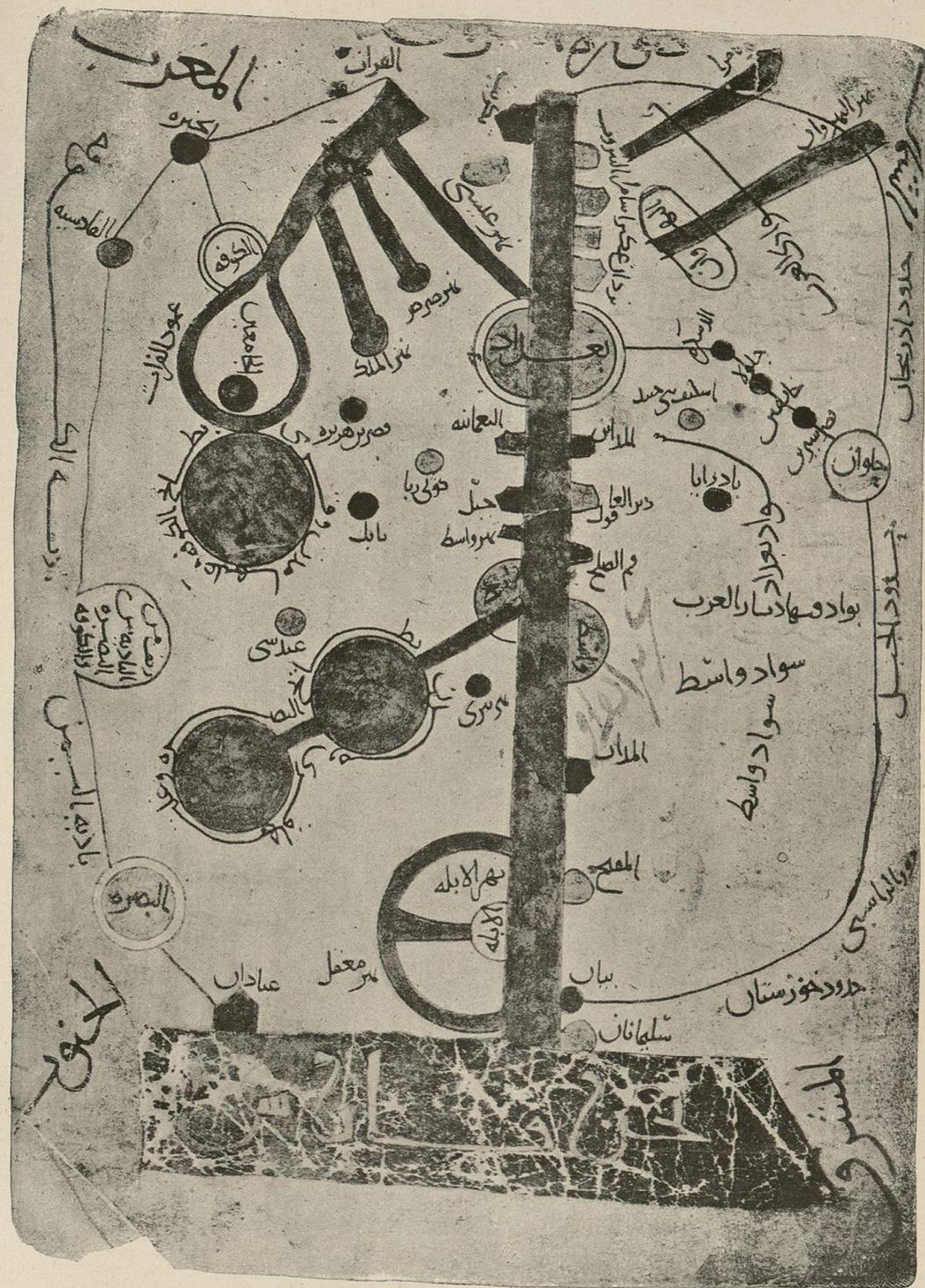
Haleb (Alepo).

Ed-Daula enfermó y conociendo que se acercaba su fin se hizo trasladar á Haleb. Falleció en la ciudad que le debía su breve florecimiento, á 10 de Safar de 356 (25 de enero de 967), teniendo tan solo 52 años de edad, pero gastado antes de tiempo por las fatigas de una vida de enérgica actividad. Su hijo Sa'ad Ed-Daula prosiguió todavia durante 25 años y con el valor de la desesperacion la doble lucha contra los emires rebeldes y los bizantinos. Estos supieron aprovecharse con habilidad de las discordias de los musulimes, y favoreciendo ora á los revoltosos, ora al mismo príncipe, se fueron enseñoreando paso á paso de todo el país. Antioquia cayó en su poder, acaso aun en vida de Seif Ed-Daula ó todo lo mas tres años despues (355 = 966 ó 358 = 969); siguieron luego la devastacion de los distritos de Ma'awa, Scheisar y Hamat (357 = 968) y el saqueo de Hims (358 = 968); y en los años 358-364 (968-975) fué recorrida por los griegos repetidas veces la Mesopotamia hasta Edesa. En vano Sa'ad Ed-Daula anunció su sumision en 367 (978) al buweihida Adud Ed-Daula en Bagdad para asegurarse el auxilio del poderoso sultan; el breve período de tranquilidad, motivado por la guerra civil

(1) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

de Bardas Skleros en la Asia Menor (2), solo duró hasta 371 (981). En este año se presentó Bardas Focas delante de Haleb y obtuvo la confirmacion de la promesa de pagar tributo; en cambio prestó ayuda al príncipe cuando fué sitiado en su capital, en 372 (983), por un vasallo rebelde. Pero por otro lado surgió entonces el peligro para Sa'ad Ed-Daula. Desde 358 (969) los enérgicos fatimitas gobernaban el Egipto y desde 359 dominaban tambien en Damasco; entre ellos, que iban continuamente extendiéndose hácia el Norte, y los bizantinos no cabia un pequeño Estado como Haleb. Sa'ad Ed-Daula fluctuaba constantemente entre unos y otros; cedió voluntariamente en 373 (983) á Hims á los griegos para cubrir su frontera meridional contra los nuevos adversarios, á los cuales á su vez prestó en 376 (987) aparente homenaje; pero no consiguió en definitiva sino mermar de continuo su propio poderío. Cuando murió, despues de un último triunfo logrado sobre un emir fatimita, en 381 (991), dejó á su hijo Sa'id Ed-Daula en la imposibilidad de sostener su independencia. Para librarse de los fatimitas, éste, ó mas bien Lulu, el general de su padre, que le tenia dominado por completo,

(2) Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.



MAPA DEL IRAK.—Facsimile en tamaño natural de un mapa trazado en el año 569 de la hégira (1191 de J. C.), que se conserva en la Biblioteca de Gotha

predecesores solo habian rozado mas ó menos superficialmente. Avicena, que sin razon ha obtenido en el Occidente mayor celebridad que Alfarabi, confiesa 150 años despues que solo logró comprender la *Metafisica*, de Aristóteles, cuando tuvo en sus manos los *Comentarios* de aquel á dicho libro: Alfarabi debe, pues, ser considerado como el verdadero fundador de la filosofía puramente científica en el Oriente, y el que pudiera proseguir en paz su elevado propósito es quizás el laurel mas hermoso de la corona que la fama ha ceñido al bravo y despreocupado hamdanida, pues de este modo contribuyó á crear para la posteridad una valiosa herencia, precisamente en una época cuyas catástrofes parecían que debían producir la ruina de la mitad del mundo islamita. Porque, por terribles que fueran las escenas que hasta aquí se han presentado á nuestra vista, aun nos queda reservado lo mas espantoso: la historia del trabajo de zapa y derrumbamiento del imperio por los alidas y los que se decían sus partidarios los ismaelitas. La terrible rapidez y la fuerza irresistible de este movimiento de destruccion, cuyos síntomas exteriores hemos podido apreciar en algunos pasajes del presente capítulo, solo se comprenderán debidamente cuando hayamos examinado en su origen la causa primaria del mal.

CAPITULO III

ALIDAS, ISMAELITAS Y KARMATAS

Las causas generales que desde mediados del siglo tercero (nueve) aceleraron la decadencia del califato: disminucion del vigor nacional bajo el influjo enervador de la creciente civilizacion y la mayor sensualidad de la vida en las grandes ciudades; efectos del desgobierno pretoriano y de la incapacidad de la mayor parte de los califas; agotamiento de los recursos del pueblo, como consecuencia de la prodigalidad de la corte y de la codicia de funcionarios civiles y militares; devastacion de extensos territorios y empobrecimiento de los habitantes á causa de las continuas guerras civiles, y oposicion de las comarcas y agrupaciones puramente nacionales á la mezcla de elementos árabes y persas que representaba el gobierno, fueron males que á nadie aprovecharon en mayor grado que á los alidas. Las incesantes vejaciones y opresiones á que el infeliz pueblo estaba expuesto en todas partes del imperio debían producir creciente irritacion hasta en los ánimos mas sumisos y hacer que encontraran vidas y corazones bien dispuestos aquellos que desde la exaltacion del primer abasida predicaban en secreto la ilegitimidad y reprobacion de aquella soberanía usurpada. Y así como al sobrecargar un cuerpo sólido cualquiera, sus partes inferiores son las que tienen que resistir mayor presion, de igual modo tambien el peso de las cargas de un pueblo, que se van amontonando bajo la mala administracion del Estado, se hace sentir mas dolorosamente en las capas inferiores del pueblo mismo. Sobre todo entre las poblaciones rurales era donde se exacerbaba cada día mas la desesperacion producida por el desórden general. Aunque las grandes ciudades, en particular Bagdad, padecieron bastante con las contínuas revoluciones palaciegas y guerras civiles, y fueron víctimas de las vejaciones de los turcos, podían resistir aun durante algun tiempo merced á las riquezas que el comercio y la industria habian acumulado en ellas durante generaciones, los beneficios que el fausto de la corte y de las personas principales proporcionó durante largo tiempo todavía á las artes, y al lucro que las ciudades marítimas, como Basora, continuaban sacando del cambio de productos con los países ultramarinos. Mas el agricultor, que hasta en tiempos normales se veía obligado á entregar la mayor parte de sus

rendimientos á los insaciables recaudadores de impuestos, no podía soportar que año tras año fuera pisoteada su cosecha por los caballos de los rebeldes ó de las tropas del gobierno, incendiada su vivienda y robado su ganado en el tumulto de la guerra, expuestos, además, él y los suyos á vejaciones personales en que á menudo perdían vida y honor. Mientras tanto, caían en ruinas en todo el Irak los canales y diques, tan indispensables para la irrigacion de aquellos campos, de suerte que vastas comarcas comenzaban otra vez á convertirse en pantanos ó en arenas; y á todo esto los infelices labradores tenían que seguir pagando impuestos y mas impuestos para que pudiese durar tan soberbio estado de cosas. El que haya leído el *Simplicissimus* (1) y tenga presente todavía sus primeras páginas, no tiene que hacer mas que dar colorido oriental al cuadro que allí se traza de la situacion del campesino alemán durante los últimos tiempos de la guerra de 30 años, para formarse una idea bastante exacta de los padecimientos del *fellah* (2) del Irak y de la Mesopotamia en los siglos IX y X. Pero, naturalmente, abundaban tambien en las ciudades los empobrecidos y descontentos. Hasta entre las capas medias del pueblo se habian propagado bastante aquel hastío provocado por la depravacion de la época y aquella aversion á la hipócrita arbitrariedad de los gobernantes, tan gráficamente expresados en los versos de Abu'l-Alá que transcribimos en el capítulo anterior. Pero los esclavos, cada día tratados con menos humanidad, y la plebe, constantemente en aumento y mas miserable á causa de la sucesiva disminucion de las ganancias regulares de los oficios, eran las clases que se encontraban en casi todas partes en las mas funestas disposiciones.

Cuando los ricos y los mas encumbrados, á quienes la ventaja de su posicion permite mejor educacion y ejercer la humanidad y por lo mismo están á ello obligados, no quieren acordarse de tales cosas, surge entonces, desgraciadamente, la natural consecuencia de que las vejadas masas acaban por sublevarse con primitiva violencia y á su vez olvidan todo sentimiento humano, casi nunca en perjuicio de las personas de los culpables, que en estos casos suelen ampararse tras los muros de una fortaleza ó emigran las mas de las veces, segun la desesperada lógica de las cosas de este mundo, sacrificando á los hombres mas rectos que procuran defender la ley y la moral, y siempre en daño de la esencia de estos dos bienes mas sagrados de la misma humanidad. Explícase, pues, así perfectamente que las grandes rebeliones alidas, que mas que las guerras exteriores y los caprichos de independencia de los emires fueron causa de la ruina del imperio de El-Mansur, adquirieran gradualmente, desde el desdichado califato de Musta'in, el carácter de atroc salvajismo y de sed de destruccion de todo lo existente, que fué propio tambien de las guerras de los esclavos en la antigüedad, de las rebeliones de los campesinos en Alemania y de las *Jacqueries* en Francia, y que abrieran incurables heridas en la civilizacion y la vida intelectual de todo el Oriente. La creciente barbarie de los revoltosos alidas se evidencia ya en la sublevacion de Abu's Saraya cuando las causas que debían producir la decadencia, indicadas al principio de este capítulo, solo empezaban á ejercer en corta medida su influencia. De los tres alzamientos alidas que

(1) *Simplicius Simplicissimus*, novela de Cristóbal von Grimmelshausen (siglo XVII), muy apreciada y popular en Alemania principalmente por la exacta y viva descripción que hace de la época tormentosa de la guerra de 30 años. (N. del T.)

(2) *Fellah* significa literalmente «arador», y corresponde por lo mismo á nuestro labrador, pero de hecho su situacion era análoga á la del siervo del terruño de la Edad media.

amagaron el reinado de Mótamid, uno de ellos, que se produjo en Kufa en el año 256 (870), parece que no se diferenció en manera notable de las anteriores empresas de esta especie; otro, ocurrido en Medina en 271 (884-885), tomó ya peor carácter, aunque quedó circunscrito á los estrechos límites de aquella ciudad. Pero fué una guerra de esclavos de las mas graves la que estalló en Basora en 255 (869) y durante mas de catorce años devastó el Irak meridional y el contiguo Chusistan. Un hombre de la aldea de Warsenin, cerca de Rei (Teheran), y de origen árabe, llamado Ali Ibn Mohammed, en cuya familia eran hereditarias desde algun tiempo las convicciones siitas, tuvo la idea de presentarse en Bahrein, en el año 249 (863), como miembro de la familia de los alidas. Sus relaciones personales con la tribu de los Abdelkeis, que desde antiguo habitaba allí y á la cual pertenecía por su origen verdadero, parece que le facilitaron el éxito de su impostura: encontró bastantes partidarios entre los siempre revoltosos beduinos, á la sazón muy adictos á los alidas, como ya nos consta; pero fué finalmente arrojado de allí por el lugarteniente de Mo'otás, que era califa entonces, y tuvo que huir á Basora. Perseguido tambien en esta ciudad, marchó á Bagdad, pero despues de subir al trono Móhtadi regresó á Basora á fines de 255 (869), donde entretanto se habia cambiado el lugarteniente, y alzó allí la bandera de la rebelion el día 26 ó 28 de Ramadan (7 ó 9 de setiembre). Concedor de todas las condiciones de aquella gran ciudad marítima, se dirigió especialmente á los esclavos negros, llevados allí por los barcos en número considerable. Los árabes daban entonces á la costa de Zanzibar y á sus habitantes el nombre de *Es-Sindsch* (1) y llamaban así tambien á los negros, de los cuales se ha hecho siempre desde allí y hasta casi la época presente un provechoso tráfico; de ahí que se designe generalmente la rebelion de Ali Ibn Mohammed con el nombre de «guerra de los *sindsch*» y á él mismo con el de «señor de los *sindsch*.» Tambien se le da el sobrenombre de *El-Jabit*, «el mónstruo», que harto merecido tiene. Marchando de Basora, de la que no podía hacerse dueño tan fácilmente, emprendió primero correrías por las inmediaciones, libertando en todas partes á los esclavos, matando á los señores, incendiando un sinnúmero de poblaciones; y recibiendo de acá y allá refuerzos de esclavos fugados y gentes en la miseria, derrotó varias veces á las tropas del gobierno, que acudían para poner coto á sus desmanes. En 25 de Redscheb de 256 (28 de junio de 870) se apoderó de Obolla, que fué destruida en su mayor parte, y poco despues de Abbadan por capitulacion de sus atemorizados habitantes; luego recorrió saqueando y asesinando el Chusistan hasta la capital Ahwas, que cayó en sus manos el 12 Ramadan (13 agosto). Entretanto Móhtadi habia enviado á Sa'id Ibn Salih con un ejército respetable á Basora para combatir á los *sindsch*, y en el transcurso del año 257 (870-871) logró Sa'id algunos triunfos, pero á fines de Scha'aban (mediados de julio de 871) se dejó sorprender una noche por Yahya Ibn Mohammed El-Bahrani (2), teniente del Jabit, sufriendo grandes pérdidas, lo que le valió la destitucion de su mando. Tres de sus sucesores fueron asimismo derrotados por Ali Ibn Aban, otro de los cabecillas de los *sindsch*. Las huestes constantemente engrosadas de éstos llegaron á tomar por asalto á Basora el 16 ó 17 de Schawwal de 257 (7-8 de setiembre de 871). Fácil nos es figurarnos las atrocidades que cometerían aquellas hordas de esclavos en la

(1) *Zingis* de los griegos.

(2) Esto es, el de Bahrein. Se le habian, pues, juntado algunas partidas de beduinos de los primeros que estuvieron con Jabit; los historiadores así lo hacen constar expresamente en fecha posterior, mas esta circunstancia debió ser la misma desde el principio.

gran ciudad comercial, donde muchos de ellos tenían que vengar en sus antiguos señores todo género de malos tratos é injusticias, gozándose tambien los salvajes beduinos en la matanza.

El-Bahrani mandó acuchillar á montones de infelices que se habian entregado bajo promesa de que sus vidas serian respetadas; Ali Ibn Aban incendió la mezquita principal, y durante tres días fué devastada atrozmente toda la ciudad. Entretanto el califato habia pasado en Bagdad á manos de Mótamid, y el mejor órden que su hermano Muwaffak estableció muy pronto allí, y en particular entre los turcos, hizo posible que á principios del mes de Zul-ka'ada de 257 (fines de setiembre de 871) se enviase á Mohammed El-Muwallad con nuevas tropas contra los *sindsch*. Estos ya habian evacuado á Basora; acostumbraban á saquear cuanto era posible las grandes ciudades, pero su fuerza consistía en saber aprovechar las condiciones naturales de aquel país, cruzado en todos sentidos por corrientes y canales: en los puntos de mas difícil acceso establecian sus campamentos, que poco á poco se fueron convirtiendo en ciudades fortificadas, y de allí salían en la direccion que mas les convenia por el momento, para emprender una nueva correría ó para derrotar en una de sus acostumbradas sorpresas nocturnas á las tropas del califa que les hacían frente. Así hizo El-Bahrani con Muwallad en las cercanías de Basora, y en el Chusistan Ali Ibn Aban con Mansur Ibn Scha'afar (258 = 871); y cuando en Rabí I de 258 (enero-febrero de 872) el mismo Muwaffak se encargó del mando en jefe, se vió obligado tambien, despues de varios sangrientos combates, á retroceder hasta Wasit. Dejó luego otra vez el mando en manos de Muwallad, pero como éste no supiera impedir el nuevo saqueo de Ahwas, en 259 (873), se confió entonces la direccion de la guerra al probado general turco Muza Ibn Boga. Mientras los jefes subalternos de Boga, siguiendo un plan metódico, rechazaban gradualmente á los rebeldes desde el Chusistan hácia el delta del Eufrates, se alzó en Fars Mohammed Ibn Wasil, que se proponía aprovecharse de la decadencia de los tahiritas y de su pugna con Saffar, entonces en creciente prosperidad, para crearse un señorío independiente, y ya en el año 256 (870) se habia rebelado abiertamente contra la autoridad del califa. Esta vez llegó á penetrar en el Chusistan; Abderrahman Ibn Muflih, que de los jefes que estaban al frente de las tropas que combatían á los *sindschs* era el que se hallaba mas próximo al foco de aquella nueva sublevacion, se vió obligado á hacer frente á la peligrosa diversion; pero no solo perdió la batalla, dada en el año 261 (fines de 874 ó principios de 875) cerca de Ramhormus, sino tambien la vida en ella. Cierto que entonces Yacub Es-Saffar, que en los últimos años habia conquistado las provincias orientales, menos la Transoxania, á los tahiritas, y el Tabaristan y la Media á los alidas, arrojó á Ibn Wasil del territorio usurpado (Zul-ka'ada de 261 = agosto de 875), pero solo para volverse inmediatamente con todas las fuerzas de la Persia reunidas en sus manos contra el califa, ó sea contra Muwaffak, el cual se vió así en la mas apurada situacion cogido, como entre dos fuegos, entre Saffar y los *sindsch*. Entonces desplegó toda aquella energía á la cual la dinastía de las abasidas debió otra vez su salvacion. Habiendo fracasado todas sus tentativas para lograr una avenencia amistosa con Saffar, mandó retirar hasta la capital todas las tropas que hacían frente á los *sindsch*, menos la guarnicion de Basora, y cuando Saffar hubo llegado á mitad del camino entre Wasit y Bagdad, le salió al encuentro, cerca de Deir El Akul, á orillas del Tigris, con todas las fuerzas que tenia disponibles y le derrotó el día 9 de Redscheb de 262 (8 de abril de 876) en reñido combate, en el cual quedó he-

se arrojó en brazos de los bizantinos, los cuales ciertamente, en el reinado del tremendo emperador Basilio II (1), fueron dos veces á socorrer á Haleb, sitiada por tropas egipcias (381 = 991; 385 = 995). Mas la guerra búlgara (2) no permitió á los griegos proseguir sus campañas en la Siria, y así Lulu tuvo que someterse poco después á los egipcios para asegurar su dominación en Haleb. Lulu siguió gobernando en nombre de Sa'id Ed-Daula hasta 392 (1002), en cuyo año murió éste envenenado, probablemente por arte de su ministro, y hasta 394 (1004) en nombre de los dos hijos menores del difunto; pero en este año (3) envió á éstos á Egipto con el consentimiento del fatimita Hakim y administró desde entonces oficialmente la provincia como lugarteniente. Su hijo Mansur, que le sucedió, fué derrotado por la familia de los mirdasidas, y en el año 407 (1017) logró un hamdanida, Abu Schodschá, hacerse otra vez dueño de Haleb; pero en 413 (1022) fué asesinado por instigación de la regente del Egipto y desde esta fecha ya no volvemos á tener noticia alguna de la familia de Seif Ed-Daula en la Siria.

No es solo la incansante lucha sostenida contra los infieles lo que presta aun hoy entre los musulimes brillo especial al nombre del mas esclarecido de los hamdanidas: con su reinado, y en parte tambien con el de su sucesor, está inseparablemente unido el último vigoroso vuelo de la poesía y la ciencia árabes en el Este. La decadencia del califato no agostó inmediatamente el florecimiento que habia alcanzado la vida intelectual del Irak en tiempo de los abasidas hasta Ma'amun. Ya hemos consignado que el infeliz califa de un día, Ibn El-Mo-otás, era un poeta de brillante talento, y varios de sus coetáneos, sobre todo el célebre Ibn Er-Rumí, figuran con justicia á su lado. Precisamente en la menguada época de Mustá'in y sus sucesores escribian sus obras en la devastada Bagdad los eminentes historiadores El-Beládhori, cuya «Historia de las conquistas (muslímicas)» demuestra extraordinario grado de crítica y método para aquellos tiempos, y el fidedigno Ibn Koteiba. Hácia fines del siglo III (nueve) vivia tambien allí el mas insigne erudito del Islam, El-Tabarí, tan importante jurista y teólogo como historiador, que con portentosa aplicación recopiló, en sus 25 tomos de *Comentarios del Corán* y en una *Crónica Universal* aun mas extensa, todo cuanto de la tradición se referia en algun modo á la sagrada escritura y á la historia del mahometismo. En la primera mitad del siglo IV (décimo), el viajero El-Mas-udi, que en sus peregrinaciones habia recorrido todos los países musulimes desde la India hasta el Egipto, describió las cosas notables y la historia de las provincias visitadas por él, así como la de los Estados infieles limítrofes. En la misma época se dió á luz por El-Ystahri la primera descripción geográfica completa del mundo accesible á los mahometanos, de cuya obra podemos presentar á nuestros lectores un mapa, por cierto bastante desfigurado en la copia que de él conservamos. Los estudios gramaticales y literarios se prosiguieron con ardor, especialmente en Basora y en Bagdad; su mas precioso monumento es el libro *El-Kamil*, «el perfecto», de Mubarrad, que contiene un cúmulo de valiosos datos históricos, ensayos poéticos y explicaciones gramaticales. Continuaron las investigaciones de las ciencias exactas en la forma que ya hemos indicado, y la teología fué, precisamente entonces, encarrilada por Asch'ari por los senderos que habia de seguir de allí en adelante. Ciertamente, repetimos, que toda esta actividad intelectual siguió desarrollándose aun durante la decadencia del cali-

fato, pero los frutos mas originales del arte y de la ciencia de aquella época no brotaron en el Irak sino en la corte de Haleb, donde Seif Ed-Daula, á pesar de todas las contradicciones de las guerras exteriores é internas, y con liberalidad poco comun y verdaderamente ejemplar dados los cortos medios de su Estado, reunió en torno suyo á hombres de talento poético y científico. El brillante Abu Firás y el ingenioso Mutanabbi eran muy superiores á los poetas coetáneos de Bagdad, y el último en particular fué considerado durante mucho tiempo como el primer poeta de los árabes, hasta que el conocimiento mas exacto de la poesía preislámica nos ha hecho variar este juicio. Al protector de estos poetas dedicó muy apropiadamente Abu'l-Farax El-Ispahani su magnífico *Libro de cantares*, verdadero tesoro para el estudio de la poesía y la música árabes, que brinda abundante material histórico en las narraciones que contiene de la vida de los poetas y sus Mecenas. Debía de poseer Seif Ed-Daula un espíritu mas liberal y tolerante que ningun otro príncipe de su época, pues que se consideraba menos peligroso en su corte que en cualquiera otra hacer alarde de cierta independencia frente al dogma ortodoxo. Provenia el nombre de Mutanabbi, «el que hace papel de profeta», de que en otro tiempo, antes de residir en Haleb, se habia permitido presentarse en la Siria como profeta de una nueva religion. Además, el poeta de espíritu mas elevado de aquella época y uno de los mas dignos de todos los tiempos, Abu'l Alá, llamado tambien El-Ma'arri, del nombre de su pueblo natal Ma'arra, en la Siria, sostuvo tambien polémica contra el estrecho concepto que se tenia del Islam; y si bien su talento solo llegó á sazón en tiempo de Sa'ad Ed-Daula, su conocida adhesión á las tradiciones de Mutanabbi le unia á la época anterior, que habia sido la de su juventud. Sin embargo El-Ma'arri se distinguia notablemente de Mutanabbi en que éste durante sus últimos años solo atendia á granjearse el favor de los poderosos, mientras que El-Ma'arri, poeta ciego, mostraba viriles sentimientos, y una ira feroz contra la hipocresía religiosa y la asustadiza intolerancia, que nos recuerdan á Lessing. Jamás se habia oido en tierra musulímica lenguaje como éste (4):

«Oh señores de la tierra
Que gobernais largo tiempo,
Cuantos mas días vivis,
Mas abusais del gobierno.
En un santo hombre de Dios (5)
Pone su esperanza el pueblo,
Confianza en que le guie,
Le salve y le dé consejo.
¡Ilusion! La razon sola
Es el guia verdadero,
Que mañana, tarde y noche
Conduce á seguro puerto.
Esas sectas que os dividen
Todas inventadas fueron
Para que los poderosos
Conserven un mando eterno.»

Y lo mismo que los poetas librepensadores, los filósofos, cada día mas heréticos, encontraban refugio en la corte de los hamdanidas. Entre los que gozaron de la protección y el apoyo de Seif Ed-Daula se hallaba el mas insigne pensador del Oriente musulámico, Alfarabi. El llevó á cabo la obra titánica de estudiar hasta comprender y seguir en sus profundidades los mas difíciles problemas de la filosofía griega, que sus

(1) Hertzberg, obra ya citada.

(2) Idem, id.

(3) Segun otras versiones, debió ser el hijo de Lulu el que llevó á cabo el destronamiento (entre 400 y 402=1009-1010 y 1011-1012).

(4) De la traducción de Kremer, en la *Revista de la Sociedad alemana de Orientalistas*, tomo XXX, pág. 43, Leipzig, 1876.

(5) Esto es, el Iman, que pretende estar en posesión de la verdad divina, ó sea el califa ó el pretendiente alida que, segun las distintas opiniones, está al frente de la comunidad.